

dos. Agora los que oyen la doctrina del santo Evangelio conocen las tinieblas de la perdicion que tienen los que della se apartan, y el demonio, como le crece mas la envidia de ver el fruto que sale de nuestra santa fe, procura de engañar con temores y espantos á estas gentes; pero poca parte es, y cada dia será menos, mirando lo que Dios nuestro Señor obra en todo tiempo, en ensalzamiento de su santa fe. Y entre otras notables, diré una que pasó en esta provincia, en un pueblo llamado Lampaz, segun se contiene en la relacion que me dió en el pueblo de Asangaro, repartimiento de Antonio de Quiñones, vecino del Cuzco, un clérigo, contándome lo que le pasó en la conversion de un indio; al cual yo rogué me la diese por escrito de su letra, que sin tirar ni poner cosa alguna es la siguiente: «Márco Otazo, clérigo, vecino de Valladolid, estando en el pueblo de Lampaz dotrinando los indios á nuestra santa fe cristiana, año de 1547, en el mes de mayo, siendo la luna llena, vinieron á mí todos los caciques y principales á me rogar muy ahincadamente les diese licencia para que hiciesen lo que ellos en aquel tiempo acostumbraban hacer; yo les respondí que habia de estar presente, porque si fuese cosa no lícita en nuestra santa fe católica, de allí adelante no lo hiciesen; ellos lo tuvieron por bien; y así, fueron todos á sus casas; y siendo, á mi ver, el mediodía en punto, comenzaron á tocar en diversas partes muchos atabales con un solo palo, que así los tocan entre ellos, y luego fueron en la plaza en diversas partes della, echadas por el suelo mantas, á manera de tapices, para se asentar los caciques y principales, muy aderezados y vestidos de sus mejores ropas, los cabellos hechos trenzas hasta abajo, como tienen por costumbre, de cada lado una crizneja de cuatro ramales, tejida. Sentados en sus lugares, vi que salieron derecho por cada cacique un muchacho de edad de hasta de doce años, el mas hermoso y dispuesto de todos, muy ricamente vestido á su modo, de las rodillas abajo las piernas á manera de salvaje, cubiertas de borlas coloradas; asimismo los brazos, y en el cuerpo muchas medallas y estampas de oro y plata; traía en la mano derecha una manera de arma como alabarda, y en la izquierda una bolsa de lana, grande, en que ellos echan la coca; y al lado izquierdo venia una muchacha de hasta diez años, muy hermosa, vestida de su mismo traje, salvo que por detrás traía gran falda, que no acostumbraban traer los otras mujeres, la cual falda le traía una india mayor, hermosa, de mucha autoridad. Tras esta venian otras muchas indias á manera de dueñas, con mucha mesura y crianza; y aquella niña llevaba en la mano derecha una bolsa de lana, muy rica, llena de muchas estampas de oro y plata; de las espaldas le colgaba un cuero de leon pequeño, que las cubria todas. Tras estas dueñas venian seis indios á manera de labradores, cada uno con su arado en el hombro, y en las cabezas sus diademas y plumas muy hermosas, de muchos colores. Luego venian otros seis como sus mozos, con unos costales de papas, tocando su atambor, y por su orden llegaron hasta un paso del señor. El muchacho y niña ya dichos, y todos los demás, como iban en su orden, le hicieron una muy gran reverencia, bajando sus cabezas, y el Cacique y los demás la recibieron inclinando las suyas. Hecho esto cada cual á su ca-

cique, que eran dos parcialidades, por la misma orden que iban el niño y los demás se volvieron hácia tras, sin quitar el rostro dellos, cuanto veinte pasos, por la orden que tengo dicho; y allí los labradores hincaron sus arados en el suelo en renglera, y dellos colgaron aquellos costales de papas, muy escogidas y grandes; lo cual hecho, tocando sus atabales, todos en pié, sin se mudar de un lugar, hacian una manera de baile, alzándose sobre las puntas de los piés, y de rato en rato alzaban hácia arriba aquellas bolsas que en las manos tenían. Solamente hacian estos esto que tengo dicho, que eran los que iban con aquel muchacho y muchacha, con todas sus dueñas, porque todos los caciques y la demás gente estaban por su orden sentados en el suelo con muy gran silencio, escuchando y mirando lo que hacian. Esto hecho, se sentaron y trajeron un cordero de hasta un año, sin ninguna mancha, todo de una color, otros indios que habian ido por él, y adelante del señor principal, cercado de muchos indios al rededor porque yo no lo viese, tendido en el suelo vivo, le sacaron por un lado toda el asadura, y esta fué dada á sus agoreros, que ellos llamaban guacacamayos, como sacerdotes entre nosotros. Y vi que ciertos indios dellos llevaban aprieta cuanto mas podian de la sangre del cordero en las manos y la echaban entre las papas que tenían en los costales. Y en este instante salió un principal que habia pocos dias que se habia vuelto cristiano, como diré abajo, dando voces y llamándolos de perros y otras cosas en su lengua, que no entendí; y se fué al pié de una cruz alta que estaba en medio de la plaza, desde donde á mayores voces, sin ningun temor, osadamente reprehendia aquel rito diabólico. De manera que con sus dichos y mis amonestaciones se fueron muy temerosos y corridos, sin haber dado fin á su sacrificio, donde pronostican sus sementeras y sucesos de todo el año. Y otros que se llaman homo, á los cuales preguntan muchas cosas por venir, porque hablan con el demonio y traen consigo su figura, hecho de un hueso hueco, y encima un bulto de cera negra, que acá hay. Estando yo en este pueblo de Lampaz, un juéves de la Cena vino á mí un muchacho mio que en la iglesia dormia, muy espantado, rogando me levantara y fuese á bautizar á un cacique que en la iglesia estaba hincado de rodillas delante de las imágenes, muy temeroso y espantado; el cual estando la noche pasada, que fué miércoles de Tinieblas, metido en una guaca, que es donde ellos adoran, decia haber visto un hombre vestido de blanco, el cual le dijo que ¿qué hacia allí con aquella estatua de piedra? Que se fuese luego, y viniese para mí á se volver cristiano. Y cuando fué de dia yo me levanté y recé mis horas, y no creyendo que era así, me llegué á la iglesia para decir misa, y lo hallé de la misma manera, hincado de rodillas. Y como me vió se echó á mis piés, rogándome mucho le volviese cristiano, á lo cual le respondí que si haria, y dije misa, la cual oyeron algunos cristianos que allí estaban; y dicha, lo bapicé, y salió con mucha alegría, dando voces, diciendo que él ya era cristiano, y no malo, como los indios; y sin decir nada á persona ninguna, fué á donde tenia su casa y la quemó, y sus mujeres y ganados repartió por sus hermanos y parientes, y se vino á la iglesia, donde estuvo siempre predicando á los indios

lo que les convenia para su salvacion, amonestándoles se apartasen de sus pecados y vicios; lo cual hacia con gran hervor, como aquel que estaba alumbrado por el Espíritu Santo, y á la continua estaba en la iglesia ó junto á una cruz. Muchos indios se volvieron cristianos por las persuasiones deste nuevo convertido. Contaba que el hombre que vió estando en la guaca ó templo del diablo era blanco y muy hermoso, y que sus ropas asimismo eran resplandecientes.»

Esto me dió el clérigo por escrito y yo veo cada dia grandes señales, por las cuales Dios se sirve en estos tiempos mas que en los pasados. Y los indios se convierten y van poco á poco olvidando sus ritos y malas costumbres, y si se han tardado, ha sido por nuestro descuido mas que por la malicia dellos; porque el verdadero convertir los indios ha de ser amonestando y obrando bien, para que los nuevamente convertidos tomen ejemplo.

CAPITULO CXVIII.

De cómo, queriéndose volver cristiano un cacique comarcano de la villa de Ancerma, veía visiblemente á los demonios, que con espantos le querian quitar de su buen propósito.

En el capítulo pasado escribí la manera cómo se volvió cristiano un indio en el pueblo de Lampaz; aquí diré otro extraño caso, para que los fieles glorifiquen el nombre de Dios, que tantas mercedes nos hace, y los malos y incrédulos teman y reconozcan las obras del Señor. Y es, que siendo gobernador de la provincia de Popayan el adelantado Belalcázar en la villa de Ancerma, donde era su teniente un Gomez Hernandez, sucedió que casi cuatro leguas desta villa está un pueblo llamado Pirsá, y el señor natural dél, teniendo un hermano mancebo de buen parecer que se llama Tamaracunga, y inspirando Dios en él, deseaba volverse cristiano y queria venir al pueblo de los cristianos á recibir bautismo. Y los demonios, que no les debia agradar el tal deseo, pesándoles de perder lo que tenían por tan ganado, espantaban á aqueste Tamaracunga de tal manera, que lo asombraban, y permitiéndolo Dios, los demonios, en figura de unas aves hediondas llamadas auras, se ponian donde el Cacique solo las podia ver; el cual, como se sintió tan perseguido del demonio, envió á toda priesa á llamar á un cristiano que estaba cerca de allí; el cual fué luego donde estaba el Cacique, y sabida su intencion, lo signó con la señal de la cruz, y los demonios lo espantaban mas que primero, viéndolos solamente el indio en figuras horribles. El cristiano via que caian piedras por el aire y silbaban; y viniendo del pueblo de los cristianos un hermano de un Juan Pacheco, vecino de la misma villa, que á la sazón estaba en ella en lugar del Gomez Hernandez, que habia salido á lo que dicen de Caramanta, se juntó con el otro, y vian que el Tamaracunga estaba muy desmayado y maltratado de los demonios; tanto, que en presencia de los cristianos lo traían por el aire de una parte á otra, y él quejándose, y los demonios silbaban y daban alaridos. Y algunas veces estando el Cacique sentado y teniendo delante un vaso para beber, vian los dos cristianos cómo se alzaba el vaso con el vino en el aire y dende á un poco parecia sin el vino, y á cabo de un rato vian caer

el vino en el vaso, y el Cacique atapábase con mantas el rostro y todo el cuerpo por no ver las malas visiones que tenia delante; y estando así, sin se tirar ropa ni desatapar la cara, le ponian barro en la boca, como que lo querian ahogar. En fin, los dos cristianos, que nunca dejaban de rezar, acordaron de se volver á la villa y llevar al Cacique para que luego se bautizase, y vinieron con ellos y con el Cacique pasados de docientos indios; mas estaban tan temerosos de los demonios, que no osaban llegar al Cacique; y yendo con los cristianos, llegaron á unos malos pasos, donde los demonios tomaron al indio en el aire para despeñarlo, y él daba voces diciendo: «Valéme, cristianos, valéme;» los cuales luego fueron á él y le tomaron en medio, y los indios ninguno osaba hablar, cuanto mas ayudar á este, que tanto por los demonios fué perseguido para provecho de su ánima y mayor confusion y envidia deste cruel enemigo nuestro; y como los dos cristianos viesen que no era Dios servido de que los demonios dejasen á aquel indio, y que por los riscos lo querian despeñar, tomaronlo en medio, y atando unas cuerdas á los cintos, rezando y pidiendo á Dios los oyese, caminaron con el indio en medio, de la manera ya dicha, llevando tres cruces en las manos, pero todavía los derribaron algunas veces, y con trabajo grande llegaron á una subida, donde se vieron en mayor aprieto. Y como estuviesen cerca de la villa, enviaron á Juan Pacheco un indio para que viniese á los socorrer, el cual fué luego allá, y como se juntó con ellos, los demonios arrojaban piedras por los aires, y desta suerte llegaron á la villa, y se fueron derechos con el Cacique á las casas deste Juan Pacheco, adonde se juntaron todos los mas de los cristianos que estaban en el pueblo, y todos vian caer piedras pequeñas de lo alto de la casa y oian silbos. Y como los indios cuando van á la guerra dicen: «Hu, hu, hu;» así oian que lo decian los demonios muy aprieta y recio. Todos comenzaron á suplicar á nuestro Señor que, para gloria suya y salud del ánima de aquel infiel, no permitiese que los demonios tuviesen poder de lo matar; porque ellos por lo que andaban, segun las palabras que el Cacique les oia, era porque no se volviese cristiano. Y como tirasen muchas piedras, salieron para ir á la iglesia; en la cual, por ser de paja, no habia Sacramento, y algunos cristianos dicen que oyeron pasos por la misma iglesia antes que se abriese, y como la abrieron y entraron dentro, el indio Tamaracunga dicen que decia que via los demonios con fieras cataduras, las cabezas abajo y los piés arriba. Y entrado un fraile llamado fray Juan de Santa María, de la orden de nuestra Señora de la Merced, á le bautizar, los demonios en su presencia y de todos los cristianos, sin los ver mas que solo el indio, lo tomaron y lo tuvieron en el aire, poniéndolo como ellos estaban, la cabeza abajo y los piés arriba. Y los cristianos diciendo á grandes voces: «Jesucristo, Jesucristo sea con nosotros;» y signándose con la cruz, arremetieron al indio y lo tomaron, poniéndole luego una estola, y le echaron agua bendita; pero todavía se oian aullidos y silbos dentro en la iglesia, y Tamaracunga los via visiblemente, y fueron á él y le dieron tantos bofetones, que le arrojaron léjos de allí un sombrero que tenia puesto en los ojos por no los ver, y en el rostro le echaban saliva

podrida y hedionda. Todo esto pasó de noche, y venido el día, el fraile se vistió para decir misa, y en el punto que se comenzó, en aquel no se oyó cosa ninguna, ni los demonios osaron parar ni el Cacique recibió mas daño; y como la misa santísima se acabó, el Tamaracunga pidió por su boca agua del bautismo, y luego hizo lo mismo su mujer y hijo, y después de ya bautizado, dijo que, pues ya era cristiano, que lo dejasen andar solo, para ver los demonios si tenían poder sobre él; y los cristianos lo dejaron ir, quedando todos rogando á nuestro Señor, y suplicándole que para ensalzamiento de su santa fe, y para que los indios infieles se convirtiesen, no permitiese que el demonio tuviese mas poder sobre aquel que ya era cristiano. Y en esto salió Tamaracunga con gran alegría, diciendo: «Cristiano soy;» y alabando en su lengua á Dios, dió dos ó tres vueltas por la iglesia, y no vió ni sintió mas los demonios; antes se fué á su casa alegre y contento, obrando el poder de Dios; y fué este caso tan notado en los indios, que muchos se volvieron cristianos y se volverán cada día. Esto pasó en el año de 1549 años.

CAPITULO CXIX.

Cómo se han visto claramente grandes milagros en el descubrimiento destas Indias, y querer guardar nuestro soberano Señor Dios á los españoles, y cómo tambien castiga á los que son crueles para con los indios.

Antes de dar conclusion en esta primera parte, me pareció decir aquí algo de las obras admirables que Dios nuestro Señor ha tenido por bien de mostrar en el descubrimiento que los cristianos españoles han hecho en estos reinos, y asimismo el castigo que ha permitido en algunas personas notables que en ellos han sido; porque por lo uno y por lo otro se conozca cómo le habemos de amar como á padre y temer como á señor y juez justo, y para esto digo que, dejando aparte el descubrimiento primero, hecho por el almirante don Cristóbal Colon, y los sucesos del marqués don Fernando Cortés y los otros capitanes y gobernadores que descubrieron la Tierra-Firme, porque yo no quiero contar de tan atrás, mas solo decir lo que pasó en los tiempos presentes; el marqués don Francisco Pizarro, cuántos trabajos pasó él y sus compañeros, sin ver ni descubrir otra cosa que la tierra que queda á la parte del norte del rio de San Juan, no bastaron sus fuerzas, ni los socorros que les hizo el adelantado don Diego de Almagro, para ver lo de adelante. Y el gobernador Pedro de los Ríos, por la copla que le escribieron, que decía:

¡ Ah señor Gobernador!
Mirado bien por entero,
Allá va el recogedor,
Acá queda el carnicero.

Dando á entender que Almagro iba por gente para la carnicería de los muchos trabajos, y Pizarro los mataba en ellos. Por lo cual envié á Juan Tafur, de Panamá, con mandamiento para que los trajese; y desconfiados de descubrir, se volvieron todos con él, sino fueron trece cristianos, que quedaron con don Francisco Pizarro; los cuales estuvieron en la isla de la Gorgona hasta que don Diego de Almagro les envió una nao, con la cual á su ventura navegaron; y quiso Dios, que lo puede todo,

que lo que en tres ó cuatro años no pudieron ver ni descubrir por mar ni por tierra, lo descubriesen en diez ó doce días. Y así, estos trece cristianos con su capitán descubrieron al Perú, y después á cabo de algunos años, cuando el mismo Marqués con ciento y sesenta españoles entró en él, no bastaron á defenderse de la multitud de los indios, si no permitiera Dios que hubiera guerra crudelísima entre los dos hermanos Guascar y Atabaliba, y ganaron la tierra. Cuando en el Cuzco generalmente se levantaron los indios contra los cristianos no había mas de ciento y ochenta españoles de á pié y de caballo. Pues estando contra ellos Mango Inga, con mas de docientos mil indios de guerra, y durando un año entero, milagro es grande escapar de las manos de los indios; pues algunos dellos mismos afirman que vian algunas veces, cuando andaban peleando con los españoles, que junto á ellos andaba una figura celestial que en ellos hacia gran daño, y vieron los cristianos que los indios pusieron fuego á la ciudad, el cual ardió por muchas partes, y emprendiendo en la iglesia, que era lo que deseaban los indios ver deshecho, tres veces la encendieron, y tantas se apagó de suyo, á dicho de muchos que en el mismo Cuzco dello me informaron, siendo en donde el fuego ponian paja seca sin mezcla ninguna.

El capitán Francisco César, que salió á descubrir de Cartagena el año de 1536, y anduvo por grandes montañas, pasando muchos rios hondables y muy furiosos con solamente sesenta españoles, á pesar de los indios todos, estuvo en la provincia del Guaca, donde estaba una casa principal del demonio, de la cual sacó de un enterramiento treinta mil pesos de oro. Y viendo los indios cuán pocos eran, se juntaron mas de veinte mil para matarlos, y los cercaron á todos y tuvieron con ellos batalla. En la cual los españoles, puesto que eran tan pocos, como he dicho, y venian desbaratados y flacos, pues no comían sino raíces, y los caballos desherados, los favoreció Dios de tal manera, que mataron y hirieron á muchos indios sin faltar ninguno dellos; y no hizo Dios solo este milagro por estos cristianos; antes fué servido de los guiar por camino que volvieron á Uraba en diez y ocho días, habiendo andado por el otro cerca de un año.

Destas maravillas muchas hemos visto cada día; mas baste decir que pueblan en una provincia donde hay treinta ó cuarenta mil indios, cuarenta ó cincuenta cristianos; á pesar dellos, ayudados de Dios están, y pueden tanto, que los sujetan y atraen á sí; y en tierras temerosas de grandes lluvias y terremotos continos, como cristianos entren en ellas, luego vemos claramente el favor de Dios, porque cesa lo mas de todo; y rasgadas estas tales tierras, dan provecho, sin se ver los huracanes tan continos y rayos y aguaceros que en tiempo que no había cristianos se vian. Mas es tambien de notar otra cosa, que, puesto que Dios vuelva por los suyos, que llevan por guia su estandarte, que es la cruz, quiere que no sea el descubrimiento como tiranos, porque los que esto hacen, vemos sobre ellos castigos grandes. Y así, los que tales fueron, pocos murieron sus muertes naturales, como fueron los principales que se hallaron en tratar la muerte de Atabaliba, que todos los

mas han muerto miserablemente y con muertes desastadas. Y aun parece que las guerras que ha habido tan grandes en el Perú, las permitió Dios para castigo de los que en él estaban; y así, á los que esto consideraren les parecerá que Carvajal era verdugo de su justicia, y que vivió hasta que el castigo se hizo, y después pagó él con la muerte los pecados graves que hizo en la vida. El mariscal don Jorge Robledo, consintiendo hacer en la provincia de Pozo gran daño á los indios, y que con las ballestas y perros matasen tantos como dellos mataron, Dios permitió que en el mismo pueblo fuese sentenciado á muerte, y que tuviese por su sepultura los vientres de los mismos indios, muriendo asimismo el comendador Hernán Rodríguez de Sosa y Baltasar de Ledesma, y fueron juntamente con él comidos por los indios, habiendo primero sido demasadamente crueles contra ellos. El adelantado Belalcázar, que á tantos indios dió muerte en la provincia de Quito, Dios permitió de le castigar, con que en vida se vió tirado del mando de gobernador por el juez que le tomó cuenta, y pobre y lleno de trabajos, tristezas y pensamientos, murió en la gobernacion de Cartagena, viniendo con su residencia á España. Francisco García de Tovar, que tan temido fué de los indios, por los muchos que mató, ellos mismos le mataron y comieron.

No se engañe ninguno en pensar que Dios no ha de castigar á los que fueren crueles para con estos indios, pues ninguno dejó de recibir la pena conforme al delicto. Yo conocí un Roque Martín, vecino de la ciudad de Cali, que á los indios que se nos murieron, cuando viniendo de Cartagena llegamos aquella ciudad, haciéndolos cuartos, los tenia en la percha para dar de comer á sus perros; después indios lo mataron, y aun creo que comieron. Otros muchos pudiera decir que dejo, concluyendo con que, puesto que nuestro Señor en las conquistas y descubrimientos favorezca á los cristianos, si después se vuelven tiranos, castígalos severamente, según se ha visto y ve, permitiendo que algunos mueran de repente, que es mas de temer.

CAPITULO CXX.

De las diócesis ó obispados que hay en este reino del Perú, y quién son los obispos dellos, y de la chancillería real que está en la ciudad de los Reyes.

Pues en muchas partes desta escriptura he tratado los ritos y costumbres de los indios y los muchos templos y adoratorios que tenían, donde el demonio por ellos era visto y servido, me parece será bien escribir los obispados que hay, y quién han sido y son los que rigen las iglesias, pues es cosa tan importante el tener, como tienen, á su cargo tantas ánimas. Después que se descubrió este reino, como se hubiese hallado en la conquista el muy reverendo señor don fray Vicente de Valverde, de la orden de señor santo Domingo, traidas las bulas del sumo Pontífice, su majestad lo nombró por obispo del reino, el cual lo fué hasta que los indios le mataron en la isla de Puna. Y como se fuesen poblando ciudades de españoles, acrecentáronse los obispados; y así, se proveyó por obispo del Cuzco el muy reverendo señor don Juan Solano, de la orden de señor santo Domingo, que vive en este año de 1550, y es al pre-

sente obispo del Cuzco, donde está la silla episcopal, y de Guamanga, Arequipa, la nueva ciudad de la Paz. Y de la villa de Plata, de la ciudad de los Reyes y Trujillo, Guanuco, Chachapopas, lo es el reverendísimo señor don Hierónimo de Loaysa, fraile de la misma orden, el cual en este tiempo se nombró por arzobispo de los Reyes. De la ciudad de San Francisco del Quito y de Sant Miguel, Puerto-Viejo, Guayaquil, es obispo don García Díaz de Arias; tiene su silla en el Quito, que es la cabeza de su obispado. De la gobernacion de Popayan es obispo don Juan Valle; tiene su asiento en Popayan, que es cabeza de su obispado, en el cual se incluyen las ciudades y villas que conté en la descripción de la dicha provincia. Estos señores son los que yo dejé por obispos al tiempo que salí del reino; los cuales tienen en los pueblos y ciudades de sus obispados cuidado de poner curas y clérigos que celebren los divinos oficios. La gobernacion del reino resplandece en este tiempo en tanta manera, que los indios enteramente son señores de sus haciendas y personas, y los españoles temen los castigos que se hacen, y las tiranías y malos tratamientos de indios han ya cesado por la voluntad de Dios, que cura todas las cosas con su gracia. Para esto ha aprovechado poner audiencias y chancillerías reales y que en ellas estén varones dotos y de autoridad, y que, dando ejemplo de su limpieza, osen ejecutar la justicia y haber hecho la tasacion de los tributos en este reino. Es visorey el excelente señor don Antonio de Mendoza, tan valeroso y abastado de virtudes quanto falto de vicios, y oidores los señores el licenciado Andrés de Cianca, y el doctor Bravo de Saravia y el licenciado Hernando de Santillan. La corte y chancillería real está puesta en la ciudad de los Reyes. Y concluyo este capítulo con que, al tiempo que en el consejo de su majestad de Indias se estaba viendo por los señores del esta obra, vino de donde estaba su majestad el muy reverendo señor don fray Tomás de San Martín proveído por obispo de las Charcas, y su obispado comienza desde el término donde se acaba lo que tiene la ciudad del Cuzco hácia Chile, y llega hasta la provincia de Tucuma, en el cual quedan la ciudad de la Paz y la villa de Plata, que es cabeza deste nuevo obispado que agora se provee.

CAPITULO CXXI.

De los monesterios que se han fundado en el Perú desde el tiempo que se descubrió hasta el año de 1550 años.

Pues en el capítulo pasado he declarado brevemente los obispados que hay en este reino, cosa conveniente será hacer mencion de los monesterios que se han fundado en él, y quién fueron los fundadores, pues en estas casas asisten graves varones, y algunos muy doctos. En la ciudad del Cuzco está una casa de señor Santo Domingo, en el propio lugar que los indios tenían su principal templo; fundóla el reverendo padre fray Juan de Oñas. Hay otra casa de señor San Francisco; fundóla el reverendo padre fray Pedro Portugués. De nuestra Señora de la Merced está otra casa; fundóla el reverendo padre fray Sebastian. En la ciudad de la Paz está otro monesterio de señor San Francisco; fundólo el reveren-

do padre fray Francisco de los Angeles. En el pueblo de Chuquito está otro de dominicos; fundólo el reverendo padre fray Tomás de San Martín. En la Villa de Plata está otro de franciscos; fundólo el reverendo padre fray Hierónimo. En Guamanga está otro de dominicos; fundólo el reverendo padre fray Martín de Esquivel; y otro monesterio de nuestra Señora de la Merced; fundólo el reverendo padre fray Sebastian. En la ciudad de los Reyes está otro de franciscos; fundólo el reverendo padre fray Francisco de Santa Ana; y otro de dominicos; fundólo el reverendo padre fray Juan de Ollas. Otra casa está de nuestra Señora de la Merced; fundóla el reverendo padre fray Miguel de Orenes. En el pueblo de Chíncha está otra casa de Santo Domingo; fundóla el reverendo padre fray Domingo de santo Tomás. En la ciudad de Arequipa está otra casa desta orden; fundóla el reverendo padre fray Pedro de Ulloa. Y en la ciudad de Leon de Guanuco está otra; fundóla el mismo padre fray Pedro de Ulloa. En el pueblo de Chicama está otra casa desta misma orden; fundóla el reverendo padre fray Domingo de Santo Tomás. En la ciudad de Trujillo hay monesterio de franciscos, fundado por el reverendo padre fray Francisco de la Cruz; y otro de la Merced, que fundó el reverendo pa-

dre fray En el Quito está otra casa de dominicos; fundóla el reverendo padre fray Alonso de Montenegro; y otro de la Merced, que fundó el reverendo padre fray, y otro de franciscos, que fundó el reverendo padre fray Iodoco Rique, flamenco. Algunas casas habrá mas de las dichas, que se habrán fundado, y otras que se fundarán por los muchos religiosos que siempre vienen proveidos por su majestad y por los de su consejo real de Indias, á los cuales se les da socorro, con que puedan venir á entender en la conversion destas gentes, de la hacienda del Rey, porque así lo manda su majestad, y se ocupan en la doctrina destes indios con grande estudio y diligencia. Lo tocante á la tasacion y á otras cosas que convenia tratarse quedará para otro lugar, y con lo dicho hago fin con esta primera parte, á gloria de Dios todopoderoso, nuestro Señor, y desu bendita y gloriosa Madre, Señora nuestra. La cual se comenzó á escribir en la ciudad de Cartago, de la gobernacion de Popayan, año de 1541; y se acabó de escribir originalmente en la ciudad de los Reyes, del reino del Perú, á 8 dias del mes de setiembre de 1550 años, siendo el autor de edad de treinta y dos años, habiendo gastado los diez y siete dellos en estas Indias.

FIN DE LA CRÓNICA DEL PERÚ.

HISTORIA

DEL

DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE LA PROVINCIA DEL PERÚ,

Y DE LAS GUERRAS Y COSAS SEÑALADAS EN ELLA,

ACAECIDAS

HASTA EL VENCIMIENTO DE GONZALO PIZARRO Y DE SUS SECUACES, QUE EN ELLA SE REBELARON CONTRA SU MAJESTAD;

POR

AGUSTIN DE ZARATE,

contador de mercedes de la majestad cesárea.

Á LA MAJESTAD DEL REY DE INGLATERRA, PRÍNCIPE NUESTRO SEÑOR, DON FELIPE II.

SACRA CATÓLICA REAL MAJESTAD: Sirviendo yo el cargo de secretario en el real consejo de Castilla, donde habia quince años que residia, en fin del año pasado de 1543 me fué mandado por la majestad del Emperador Rey nuestro señor, y por los del su consejo de las Indias, que fuese á las provincias del Perú y Tierra-Firme á tomar cuenta á los oficiales de la Hacienda real del cargo de sus oficinas y á traer los alcances que della resultasen. Y así, me embarqué en la flota donde fué proveido por visorey del Perú Blasco Nuñez Vela. Llegados allá, vitantas revueltas y novedades en aquella tierra, que me pareció cosa digna de ponerse por memoria, aunque, después de escrito lo de mi tiempo, conocí que no se podia bien entender si no se declaraban algunos presupuestos, de donde aquello toma su origen; y así, de grado en grado fui subiendo hasta hallarme en el descubrimiento de la tierra; porque van los negocios tan dependientes unos de otros, que por cualquiera que falte no tienen los que se siguen la claridad necesaria; lo cual me compelió á comenzar (como dicen) del huevo trojano. No pude en el Perú escribir ordenadamente esta relacion (que no importara poco para su perfeccion), porque solo haberla allá comenzado me hubiera de poner en peligro de la vida con un maestre de campo de Gonzalo Pizarro, que amenazaba de matar á cualquiera que escribiese sus hechos, porque entendió que eran mas dignos de la ley de olvido (que los atenienses llamaban amnistia) que no de memoria ni perpetuidad. Necesitéme á cesar allá en la escriptura, y á traer acá para acabarla los memoriales y diarios que pude haber, por medio de los cuales escribí una relacion que no lleva la prolijidad y cumplimiento que requiere el nombre de historia, aunque no va tan breve ni sumaria, que se pueda llamar comentarios, mayormente yendo dividida por libros y capitulos, que es muy diferente de aquella manera de escribir. No me atreviera á emprender el un estilo ni el otro si no confiara en lo que dice Tulio, y después de él Cayo Plinio, que, aunque la poesia y la oratoria no tienen gracia sin mucha elocuencia, la historia, de cualquier manera que se escriba, deleita y agrada, porque por medio della se alcanzan á saber nuevos acontecimientos, á que los hombres tienen natural inclinacion, y aun muchas veces se huelgan en oírlos contar á un rústico por palabras groseras y mal ordenadas. Y así, no siendo el estilo de esta escriptura tan elocuente como se requeria, servirá de saberse por él la verdad del hecho, quedando licencia y aun facilidad á quien quisiere tomar este trabajo para escribir la